

MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y MOVILIZACIÓN COLECTIVA EN LA ERA GLOBAL

Por Manuel Arias Maldonado

Universidad de Málaga

1. La globalización de los movimientos sociales.

Aunque se trata de un fenómeno ambiguo y susceptible de distintas interpretaciones, hay pocas dudas acerca de la existencia última de un proceso de mundialización que, desde hace varias décadas, somete a nuestras sociedades a una sostenida y formidable transformación. Suceso complejo y ambiguo, pero incontestable, la globalización enfrenta al mundo con su horizonte cosmopolita. Y así como la configuración predominantemente estatal de la política ha tenido en su centro a la movilización colectiva nacional, la emergencia de los movimientos sociales transnacionales está contribuyendo decisivamente a la redefinición contemporánea de la política posnacional.

En estas condiciones, no puede extrañar que la subsiguiente mundialización de los movimientos sociales suponga la confirmación de su relevancia en el funcionamiento del orden político y simbólico de la tardomodernidad. Modalidad de la acción colectiva, los movimientos sociales deben entenderse como aquellas colectividades que operan con cierto grado de organización y continuidad fuera de los canales institucionales, con el propósito de desafiar o defender a la autoridad existente, ya sea institucional o culturalmente (cfr. Snow *et al.*, 2004: 11). A pesar de la vocación rupturista que siempre los ha acompañado, su protagonismo en algunos de los

acontecimientos definitorios del último medio siglo expresa, contrariamente, la *normalidad* con que, en diferente grado de institucionalización, actúan en el marco del sistema político liberal. Los movimientos sociales no son ya irrupciones desestabilizadoras en el orden democrático, sino un elemento más del mismo –hasta el punto de que vivimos ya, por ello, en una “sociedad-movimiento” (Meyer y Tarrow, 1998). La movilización colectiva se ha convertido así en un medio *habitual* de expresión de demandas sustantivas y simbólicas en nuestras sociedades. Desde el nivel local, a menudo invisible, hasta el transnacional, una multiplicidad de movimientos actúan en relación a una infinidad de causas, no pocas veces opuestas –desde el pacifismo a la defensa de los derechos humanos. Y la mundialización ha convertido esa protesta en un fenómeno global.

Acaso la nueva transversalidad de la movilización colectiva sea, en primer lugar, la consecuencia más inmediata de su mundialización. Su acción ya no se limita al ámbito nacional, sino que trasciende esa esfera para implicarse en una compleja red de conexiones entre distintos niveles territoriales, institucionales y organizativos. Y ello atañe tanto a los movimientos sociales propiamente dichos, como a las organizaciones no gubernamentales o de similar índole que, con su acción en distintos marcos institucionales, están dando forma a una incipiente estructura de gobernanza mundial. Acción política y cívica conviven en la nueva esfera transnacional.

Ahora bien, la paradoja reside en que los movimientos sociales se hacen globales *a causa* de la globalización, pero en muchos casos también *contra* ella. Lejos de agotar el impacto del proceso de mundialización sobre las formas de movilización colectiva, el surgimiento de movimientos sociales transnacionales viene acompañado por la emergencia de un movimiento *global* de oposición a los distintos aspectos de la mundialización liberal –movimiento que coexiste con las demás manifestaciones de esta orientación *transnacional*

de la acción colectiva. Y así, junto a la transnacionalización de la movilización colectiva, reflejada en la ampliación del campo de acción de movimientos y grupos particulares, el surgimiento de un nuevo espacio desterritorializado ha hecho posible la constitución de un peculiar movimiento de resistencia, el emergente movimiento antiglobalización, también llamado movimiento altermundista, anticapitalista y de la justicia social global –auténtico fenómeno diferencial de la acción colectiva contemporánea (cfr. Amoore, 2005; Della Porta y Tarrow, 2004; Smith, 2004). Así pues, la globalización de los movimientos sociales remite a tres principales efectos de la misma sobre la movilización colectiva. Más concretamente:

(a) La transnacionalización de los movimientos sociales, que pasan de operar en un contexto predominantemente nacional a hacerlo en otro regional o global.

(b) La progresiva constitución de un movimiento global de resistencia a la mundialización, integrado por un amplio espectro de movimientos particulares, que operan en un contexto nuevo desterritorializado.

(c) Las transformaciones que estos cambios suponen para la dimensión organizativa y las formas de actuación de los movimientos sociales tradicionales.

Dentro de este último ámbito se ubica el objeto de este breve, exploratorio trabajo en torno a la relación entre la movilización colectiva contemporánea y los medios de comunicación. Se trata, en primer lugar, de apuntar cuál es el papel que juegan los medios en el despliegue de la movilización colectiva; y en segundo lugar, de señalar aquellas novedades que comporta, respectivamente la globalización de los movimientos sociales y la de los propios *mass media* –procesos, claro está, inevitablemente entremezclados y de recíproca influencia. Y aunque no es posible presentar una taxonomía de la acción colectiva global, sí es conveniente comenzar explicando el principal

sentido con que se van a comprender aquí los movimientos sociales, para mejor comprender el carácter decisivo de su *mediación* comunicativa.

2. La movilización colectiva como negociación de la realidad.

Es bien sabido que, durante la mayor parte del pasado siglo, la teoría de los movimientos sociales no existió como tal, ni se otorgaba a los mismos un estatuto teórico diferenciado de otras formas de comportamiento colectivo. Y también que, hasta la década de los setenta, no vino a reconocerse que los movimientos sociales representaban otra forma de acción política y no un efecto colateral de la estructura social; surge entonces, con ello, un conjunto de corrientes teóricas que tenían como punto de partida la *racionalidad* de los movimientos. Sólo desde ese momento, la movilización colectiva es contemplada como un digno, separado, objeto de estudio.

Sin embargo, son teorías de índole estructuralista, como las de movilización de recursos y la de estructura de oportunidad política, las que van a primar inicialmente dentro de ese nuevo campo de investigación (cfr. Zald y McCarthy, 1987; Tilly, 1978; Tarrow, 2004). Y aunque sirvieron para dar forma a una primera aproximación a esta modalidad de la acción colectiva, su excesiva rigidez terminó dando paso a un enfoque constructorista que considera al movimiento como el *producto* de la interacción entre el movimiento y su contexto social. Más que un epifenómeno de su estructura sociopolítica, el movimiento tiene autonomía propia e influye en ese contexto, a la vez que puede contemplarse como el resultado de una construcción social (cfr. Gamson y Meyer, 1996; Laraña, 1999).

Sólo entonces, la teoría de los movimientos sociales experimentó un giro culturalista –más atento a la dimensión simbólica e ideológica de la acción

colectiva. Ciertamente, la vigencia de las teorías contextualistas de la movilización colectiva, con su énfasis en los aspectos organizativos e institucionales, había provocado la desatención de sus aspectos culturales y simbólicos. Es el surgimiento de los nuevos movimientos sociales, en la década de los sesenta, el que propicia una nueva aproximación teórica (cfr. Inglehart, 1990; Dalton y Kuechler, 1990; Eder, 1993). En sus distintas variaciones, este nuevo enfoque general tiene como rasgo común la consideración de la cultura como ámbito de acción y conflicto, con la consiguiente visión del cambio cultural como *causa y consecuencia* de la movilización colectiva. Aunque no puede hablarse de una única teoría dominante dentro de un ámbito de investigación de notable pluralidad epistemológica, es indudable que una interpretación de la movilización colectiva orientada culturalmente encaja felizmente con los rasgos que definen el funcionamiento de las sociedades liberales.

Desde esta óptica, los movimientos sociales son vistos como agentes de persuasión, empeñados en la transformación de los valores sociales al plantear “desafíos culturales al lenguaje dominante, a los códigos que organizan la información y dan forma a la práctica social” (Melucci, 1996: 8). Su acción se dirige a la realización de una identidad colectiva que, al expresarse mediante la movilización, incide en el ámbito de la producción simbólica de su sociedad; sociedad que es, cada vez más, sociedad global. La teoría de los marcos de interpretación es la formulación más acabada de la perspectiva cultural en torno a los movimientos sociales, por ser la que más claramente permite combinar los hallazgos del enfoque construccionista y de la identidad colectiva (cfr. Snow *et al.*, 1986; Gamson, 1992; Tarrow, 2004; Snow y Benford, 1992). Su fundamento es el principio según el cual los significados no están adscritos naturalmente a los objetos o sucesos, sino que resultan de procesos de interpretación intersubjetivos. Y su objeto es el esfuerzo de construcción de significados realizado por los movimientos sociales, que ya no se consideran

portadores de ideas y creencias preconfiguradas, sino agentes comprometidos en la producción y mantenimiento de significados para sus protagonistas y antagonistas, y para la sociedad en general (cfr. Snow, 2004: 384).

Todo movimiento social desarrolla así una política de significación cuyo objetivo es modificar las definiciones sociales dominantes y sustituirlas por otras, como motor del cambio social: la transformación de los marcos colectivos sería el primer paso para la transformación de la realidad, al modificar su percepción colectiva. Basta pensar en cómo ha cambiado en nuestra cultura la percepción del lugar de la mujer, o de la intervención del hombre sobre el entorno natural; en todos estos casos, los movimientos sociales llevan a cabo la redefinición colectiva de una determinada condición, que deja de considerarse una *desgracia* y pasa a contemplarse como una *injusticia* (Turner y Killian, 1987: 237). Desde este punto de vista, los movimientos sociales son agentes de influencia y persuasión (Sabucedo *et al.*, 1998: 166). Y participan así del proceso de negociación de la realidad mediante la difusión de discursos sociales alternativos, que desafían las interpretaciones dominantes y fomentan la participación individual en la movilización colectiva. Es fácil colegir que, en ese mismo proceso de negociación de la realidad, que está implícito en la reflexiva conversación pública que sostiene la sociedad sobre sí misma, los medios de comunicación juegan un papel determinante.

3. Movimientos sociales y medios de comunicación.

La importancia de los medios de comunicación para el desenvolvimiento de los movimientos sociales contemporáneos no puede ser exagerada. Si las formas de comunicación han delimitado históricamente la acción y difusión de los movimientos sociales, hasta el punto de que la aparición de los modernos medios de comunicación supuso un salto cualitativo para la propia movilización

colectiva, es evidente que su incidencia será determinante en una sistema social que ha terminado por convertir la comunicación y la información en sus rasgos definitorios. Ya se hable de sociedad de la comunicación o, más habitualmente, de sociedad de la información, se hace referencia a un mismo fenómeno general: la posición central de los medios audiovisuales en las relaciones sociales y la desmaterialización de la organización económica, que pasa a girar primordialmente alrededor de la información y el conocimiento.

Semejante desarrollo de los medios de comunicación, sin embargo, no se ha completado sin una transformación cualitativa de su carácter. Sobre todo, se ha visto alterada sustancialmente la relación previamente existente entre la realidad y su representación. Los medios de comunicación ya no reproducen una realidad que tratan de reflejar objetivamente, sino que la *producen* activamente –mediante su incesante presentación y recreación, a través de todo tipo de programas y formatos, televisivos y digitales. A consecuencia de ello, los medios y las redes de comunicación participan poderosamente en la construcción de la realidad social; no son simples medidores, sino productores y reproductores de la misma. A esto habría que añadir un rasgo distintivo de los modernos medios de comunicación: la participación de los receptores en la creación de contenidos, que da lugar a un modelo dinámico de comunicación y difumina las fronteras entre emisor y receptor. Se habla así de “era del acceso” (Rifkin, 2000), pero también de “sociedad de la conmutación” (Scheer, 1994)¹.

A su vez, la evolución de los medios de comunicación no ha hecho sino incrementar su relevancia en el ámbito de la acción colectiva. Al operar al margen de los canales institucionales, los movimientos dependen de los

¹ Conviene señalar que, de acuerdo con el cliché que niega a los avances técnicos todo potencial emancipador, existen críticas que apuntan hacia el carácter *ilusorio* de la sociedad de la comunicación, a partir de la premisa de que más información *no* es igual a más

medios para la amplificación de sus acciones de protesta, que de otra forma llegarían a un público mucho más reducido –perdiendo fuerza expresiva e impacto simbólico; después de todo, sólo aquella protesta que es ampliamente conocida puede ser eficaz (Lipsky, 1968). La política de persuasión desarrollada por los movimientos sociales, con objeto de modificar los marcos dominantes de interpretación social, requiere de canales eficaces de transmisión al conjunto de la sociedad; canales que sólo los medios pueden proporcionar. De modo que la cobertura de los medios es esencial para que el movimiento construya su imagen pública, promueva sus ideas y proporcione información sobre sus objetivos (Gamson, 1988)². Los medios son así el principal canal de difusión de la protesta, tanto entre el movimiento y el público, como entre movimientos distintos –sirviendo, en este último caso, como “vínculo débil” entre movimientos distantes, facilitando la comunicación de tácticas e innovaciones entre ellos (Granovetter, 1973; Whittier, 2004). Nada de esto significa que los movimientos receptores o el público sean meros asimiladores del mensaje o la información así transmitida; antes bien, enjuician aquél y seleccionan ésta conforme a sus perspectivas y necesidades.

Naturalmente, la peculiar relación que se establece entre la realidad y su representación plantea no pocos problemas para la acción colectiva. Ya que no basta con que la protesta sea llevada a término y reciba cobertura informativa; es necesario que se ejecute de forma correcta y reciba el tratamiento *apropiado* por parte de los medios, para evitar su irrelevancia, e incluso su distorsión. Más que el éxito de la misma, lo que cuenta es que sea presentada *como* exitosa en los medios de comunicación, y en consecuencia ante el público (Koopmans,

comunicación (cfr. Wolton, 2002). Y es posible, aunque cabe preguntarse si es concebible que los nuevos medios impliquen *menos* comunicación.

² No es por ello sorprendente que el surgimiento de la televisión supusiese una revolución para las tácticas de los movimientos (Tarrow, 2004: 166). Basta recordar cómo la cobertura televisiva de la revuelta estudiantil en la Plaza de Tiannamen, en Beijing, en 1989, proporcionó rápidamente un símbolo al movimiento democrático allí reprimido por las autoridades: la ausencia de toda cobertura informativa hubiera reducido la protesta a la invisibilidad.

2004: 27); en ese sentido, los movimientos deben tener recursos y capacidad para *dramatizar* adecuadamente sus acciones (cfr. Meyer y Gamson, 1996). Esta escenificación incluye la adecuada elección de la táctica empleada, en relación a su potencial informativo, así como la búsqueda de la síntesis más precisa del objetivo del movimiento, en una imagen o acción de contenido simbólico –pensemos en las manos blancas, simbolizando inocencia, empleada en protestas contra el terrorismo en España e Italia, o en la desigual batalla entre las lanchas de Greenpeace y la marina francesa con ocasión de los ensayos nucleares galos en el atolón de Mururoa³. Se pone así igualmente de manifiesto la relación existente entre la dimensión *teatral* de los movimientos sociales y la reflexividad de la sociedad tardomoderna: los movimientos sociales son interpretados, y responden a, esa interpretación pública (Gusfield, 1994).

Sin embargo, los propios medios de comunicación distan de ser agentes *neutrales* en la comunicación establecida entre el movimiento y el público. Para empezar, la cobertura informativa es selectiva: no todos los movimientos, ni todas las acciones, recibirán la atención de los medios. Su función no es perseguir la verdad, sino ofrecer *información* –sustanciada a su vez en “la escenificación de lo nuevo” (Vallespín, 2000: 188). De este modo, la forma en que los movimientos se reflejan en los medios depende de la estructura de la industria informativa, lo que limita la capacidad de las organizaciones para servirse de ellos en su propio beneficio (Tarrow, 2004: 168). Su habilidad para gestionar las relaciones con los medios será mayor en el caso de las organizaciones centralizadas, mientras que los movimientos descentralizados y más democráticos tendrán más dificultades para emitir un lenguaje único y directo, así como para recibir la atención informativa (Morris y Staggenborg,

³ Las imágenes permiten una condensación simbólica del significado contra la que apenas puede rivalizar la palabra escrita –tanto más cuanto que, a la vista de la actual saturación informativa, un mensaje breve pero eficaz llega a una mayor cantidad de público. Además, el

2004: 187). Además, los medios pueden proporcionar apoyo o adoptar una postura hostil frente a determinados movimientos, convirtiéndose con ello en partes del conflicto: la mediación se convierte en intervención. Y con ello, los medios devienen una *arena* política, un espacio de lucha simbólica y cultural donde los movimientos y sus oponentes desarrollan sus discursos a través de un prisma no neutral. La opinión pública es entonces

“un *campo de conflicto* definido por las relaciones de poder, en las que podemos y debemos intervenir políticamente por medio de la comunicación, la producción cultural y todas las demás formas de producción biopolítica” (Hardt y Negri, 2004: 303).

Tiene así lugar en los medios una ritualización del conflicto, donde las distintas partes representan su disenso mediante formas simbólicas; y puede afirmarse que en este nivel se ganan y pierden las batallas de los movimientos sociales en la actualidad (Rucht, 2004: 211). En principio, los medios estarían llamados a reducir a la insignificancia las protestas de los movimientos sociales, dado el alineamiento con el sistema que aquéllos les atribuyen. Sin embargo, la mayor flexibilidad de la estructura de medios contemporánea introduce algunas variaciones en este patrón.

4. Medios alternativos y movilización global.

Ha sido el desarrollo de las tecnologías de la información el que ha propiciado el surgimiento de nuevos medios de comunicación, determinantes en la constitución misma de la globalidad. Tanto internet como las transmisiones vía satélite han hecho efectiva la *compresión* del globo a efectos de la información y del conocimiento sobre el mismo. Ahora, las distancias

lenguaje visual permite establecer, más inmediatamente, un vínculo emocional con la audiencia que facilita, por añadidura, su rememoración.

desaparecen y lo distante se transforma en cercano –más aún, lo ajeno se vuelve próximo. Y con ello, el sujeto contemporáneo desarrolla una nueva orientación hacia el incipiente espacio cosmopolita, una tensión de globalidad inducida por los medios.

No hay que perder de vista el hecho de que la globalización se caracteriza por el rápido desarrollo de una densa red de interconexiones e interdependencias, de muy distintos tipos y a todos los niveles, que más que reducir la distancia física entre lugares y personas, provoca que la experimentemos de un modo diferente (cfr. Tomlinson, 1999: 4). Esta abolición de las fronteras cobra pleno sentido en el nuevo espacio virtual representado por internet, cuyo efecto deslocalizador parece una plasmación de los mejores sueños posmodernos. Y la noción de globalidad refleja esa transformación:

“... la globalidad se refiere a un tipo particular de espacio social – más exactamente, a un ámbito que trasciende sustancialmente los confines del lugar, la distancia y las fronteras territoriales. Así como los espacios territoriales se miden en términos de longitud, latitud y altitud, las relaciones globales transpiran en el mundo como en un único lugar, como un ámbito más o menos inconsútil. La globalidad, en este sentido, tiene una cualidad transmundana o transfronteriza” (Scholte, 2000: 286).

La sociedad se ha convertido en un “espacio de flujos” donde los medios técnicos hacen posible “la simultaneidad de prácticas sociales sin contigüidad territorial” (Castells, 1999: 295). La acción social no ve ahora reducido su significado al espacio en que se realiza; la conectividad ha provocado el surgimiento de un nuevo espacio social, un espacio desterritorializado.

En este contexto, la relación entre las nuevas tecnologías de la información y la globalización es evidente. Si el hiperespacio puede verse como

el eco cultural de la lógica de redes transnacionales y flujos de comunicación que es característica de la globalización (Morley y Robbins, 1995: 347), esa fragmentación se refleja en la audiencia que conforman quienes son también sus usuarios. Son los vicios y virtudes del nuevo medio: la red ha generado una “comunidad virtual” (Rheingold, 1994) en permanente expansión, pero ésta se ve fragmentada a su vez en múltiples subcomunidades y produce una audiencia menos homogénea –como corresponde a una oferta más atomizada. Esto es, al tiempo, una oportunidad y un hándicap, por cuanto el público tiende a constituir comportamientos estancos en función de intereses muy particulares, de manera que el impacto de la nueva oferta es, forzosamente, más limitado.

Sea como fuere, la revolución de las comunicaciones es un aspecto esencial del proceso de globalización –desde la invención del telégrafo y la creación de agencias internacionales de noticias, hasta los satélites geoestacionarios y los conglomerados mundiales de comunicación. No sólo existe una creación de noticias mundiales, o *world news*, sino también una “creación del mundo en las noticias” que contribuye poderosamente a la modificación de nuestro marco cognitivo y a una distinta percepción social del mundo (cfr. Boyd-Barrett y Rantanen, 1998: 21)⁴. Que las noticias puedan transmitirse de forma instantánea produce formidables efectos culturales: dado que son las relaciones sociales las que producen el espacio que denominamos esfera pública, las nuevas herramientas de comunicación están sentando las bases para la formación de una incipiente esfera pública mundial, que es el ámbito global en el que surgen e interactúan un conjunto de discursos y comunicaciones que cruzan las fronteras nacionales (cfr. Lefebvre, 1995; Hanada, 2002). La existencia de medios globales permite a las campañas y protestas llegar a una audiencia potencialmente global, es decir, ser recibidas

en esa esfera pública mundial. Se ha afirmado por ello que la protesta ha adquirido naturaleza *transversal*, por tener ahora la capacidad de transgredir las fronteras políticas e intelectuales, erigidas por las prácticas vigentes en las relaciones internacionales (Bleiker, 2000).

Sucede, con todo, que ese alcance potencial puede verse frustrado si los medios no prestan atención a la protesta colectiva. Las campañas y acciones públicas deben acceder al circuito internacional de noticias, para poder convertirse en noticia global (Lahusen, 1999: 196); de otro modo, permanecen invisibles. Y ello con independencia de su orientación global, lo que viene a apuntar algunos límites a los que se enfrenta la acción colectiva transnacional. Pensemos en una acción de protesta contra la proliferación nuclear, desarrollada con un propósito global, que no recibe la atención de los medios – o apenas la atención de los medios locales. ¿Puede hablarse aquí de una movilización colectiva transnacional? Sólo en la intención de los organizadores, ya que la falta de resonancia de la protesta la condena a la irrelevancia, o la reduce al ámbito local, privándola de su pretendida cualidad global. Se plantea aquí, en todo caso, un problema central a la acción colectiva transnacional – que en su relación con los medios adquiere una especial patencia: la ausencia de una arena propiamente global, para la protesta y la negociación.

Y no se trata de un problema institucional. Ya que *no* hay un espacio global; cuando todo es global, nada lo es. A fin de cuentas, más que una categoría *espacial*, lo global es una categoría *causal* (Ford, 2003: 128). Y la protesta, en cambio, sean cuales sean sus objetivos, es forzosamente local; se produce de manera inevitable en un lugar concreto⁵. En otras palabras, la

⁴ A fin de cuentas, los medios no sólo nos muestran qué pensar acerca de los asuntos que la componen, sino que también nos dicen *cómo* pensar acerca de ciertos objetos (McCombs y Reynolds, 2002: 10).

⁵ En palabras de Leslie Sklair: “Lo *local* se define en términos de comunidades subglobales que pueden ser representadas con sentido a través de la acción colectiva. Lo *global* y lo *local*, en

movilización colectiva global sólo podrá ser *escenificada* como tal –coordinando acciones simultáneas de protesta en distintos países, concentrándola ante organismos supranacionales o articulándola mediante formas que acierten a *simbolizar* su cualidad global. Así pues, dado que no hay un *lugar* global, la protesta debe realizarse en un espacio *simbólicamente* global; y la constitución de ese espacio requiere de alguna forma de mediación simbólica que transforme la *localidad* en *globalidad*. Es patente que los medios de comunicación son la más determinante de esas formas de mediación; la naturaleza local o transnacional de la acción colectiva dependerá así, en gran medida, de su adecuada reproducción informativa.

¿Está garantizada esta atención? Habida cuenta de la limitación que padecen las organizaciones para servirse de los medios, la cobertura de la disidencia colectiva pareciera depender en exclusiva de la voluntad de aquéllos. Sin embargo, los movimientos tratan de reducir ese riesgo creando sus propios medios de comunicación, suerte de “comunidades imaginarias” de las que hacen uso organizaciones y colectivos de todo tipo (Kaldor, 2003: 104). En ocasiones, se trata de medios de difusión de la identidad e ideario del movimiento, como ocurre con boletines, páginas web y listas de correo electrónico; en otras, se trata de contrarrestar la desinformación atribuida a los medios oficiales de comunicación –caso del Servicio de Información para la Distribución de Noticias Ocultas, creada en Frankfurt en los ochenta por colectivos de izquierda, o la efímera revista Mentiras de Nuestro Tiempo, establecida en Estados Unidos en los noventa (cfr. Rucht, 2004: 201). Y aún de proveer noticias sobre áreas del mundo desatendidas por las principales agencias, como viene haciendo desde 1964 la Inter Press Service, proveedora de información sobre países en desarrollo desde su creación (cfr. Giffard, 1998).

este contexto, no son términos exclusivamente geográficos, sino que poseen dimensiones organizacionales y representacionales” (Sklair, 1998: 291-292).

Precisamente, la eclosión del movimiento altermundista no puede concebirse sin el previo surgimiento de un amplio conjunto de medios afines al mismo, que van desde el semanario oficioso del movimiento, el francés *Le Monde Diplomatique*, a editoriales dedicadas a la publicación de autores canónicos de la antiglobalización, pasando por todo género de emisoras locales, boletines informativos y revistas electrónicas que se dirigen, bien al público en general, bien a quienes son ya simpatizantes del movimiento⁶. Y si la cadena qatarí Al-Yazeera se ha fundado con objeto de contrarrestar el efecto propagandístico de la CNN norteamericana en el mundo árabe, desde el interior del movimiento antiglobalización se ha sugerido la necesidad de levantar un Observatorio Internacional de la Comunicación, que haga las veces de *quinto poder* capaz de oponerse a los medios del *establishment* (cfr. Ramonet, 2003); los ejemplos son innumerables.

Aunque los críticos de los medios globales hablan de homogenización y concentración, la tendencia es más bien la contraria. Nos dirigimos hacia un incremento en el número y la variedad de los medios, así como del contenido y la programación que producen (Demers, 1999: 165). Es difícil, por ello, prestar atención a la salmodia de la homogeneización, cuando la realidad no deja de desmentirla⁷. Y es que, hablar de un “oligopolio global” (McChesney, 2002) sólo tiene sentido en relación a las grandes corporaciones tradicionales, que han vivido procesos de concentración para adaptarse a un mercado crecientemente global; bajo la superficie, el panorama de los medios se distingue por su atomización y diversificación, manifestada de forma a menudo delirante en el ciberespacio.

⁶ Entre ellas, podemos destacar indymedia.org, prominente revista electrónica de información y análisis desde el prisma altermundista, que se propone como la versión *correcta*, distinta a la oficial, de todo aquello que pueda acontecer globalmente.

⁷ Contra el criterio de quienes creen, por ejemplo, que la transposición de los medios convencionales al ciberespacio no hará más que confirmar, en el ámbito *online*, la estructura hegemónica de la comunicación *offline* (cfr. Sparks, 2002).

Desde el interior de los movimientos de resistencia, ya sean locales o globales, se establece una clara distinción entre los medios masivos, que concentran el poder en un puñado de corporaciones, y los medios alternativos, o *guerrilla media*, cuyo surgimiento ha supuesto la democratización del sector y provocado una reacción entusiasta:

“¡Atención, medios corporativos, los medios insurgentes están aquí! Son incisivos, valientes, apasionados, diversos e invencibles!” (Hiltner, 2005: 106).

De acuerdo con la anterior distinción, los medios alternativos expresan la cultura popular, frente a la cultura de masas propia de los medios tradicionales, en tanto expresan “una visión alternativa a las políticas, prioridades y perspectivas hegemónicas” (Downing *et al.*, 2001: ix). Ahora bien, ¿cuál es la utilidad de estos medios alternativos para los movimientos sociales que los promueven o aprovechan?

Desde luego, los medios así constituidos sirven al fin de proporcionar cohesión y solidez al movimiento; más discutible es que puedan producir efectos externos, sobre un público que difícilmente los utilizará como fuente de información. En otras palabras: no está claro que la movilización colectiva pueda producir un impacto global duradero si los medios afines a la misma son los únicos que la reproducen⁸. Sin embargo, esta posible condición secundaria se vería compensada por la capacidad demostrada por esos mismos medios para galvanizar fuerzas sociales y aglutinar comunidades locales y globales de resistencia, fortaleciendo la sociedad civil allí donde se establecen. Y sobre

⁸ Víctor Sampedro ha llamado la atención sobre la complacencia con que el movimiento altermundista puede contemplar su aparente éxito en la construcción de una esfera pública propia: no sólo porque puede desarrollar las mismas patologías que afectan a los *media* convencionales, sino también porque corre el riesgo de caer en la irrelevancia: “Se trata de entrar en la comunicación masiva para lograr visibilidad y capacidad de interacción con el público y las instituciones. No para convertirse en un producto mediático más. Se trata de

todo, por la utilidad que estas redes de difusión poseen para la cristalización de consensos colectivos y la extensión de valores y marcos de interpretación que, en un estadio posterior, el movimiento tratará de extender al conjunto de la sociedad. Estos medios sirven así como foros de deliberación, donde van concretándose las nuevas definiciones colectivas, en torno a las cuales se constituyen colectivos y movimientos sociales que las hacen suyas.

Puede concluirse así que la nueva estructura de medios surgida con el hiperespacio y la globalización contribuyen a la buena salud, organizativa e ideológica, de los movimientos sociales transnacionales que también resultan de la mundialización en curso. No sólo les permite una más eficaz organización *interna*, sino asimismo una mayor difusión *externa* de sus objetivos mediante la creación de medios alternativos a los mayoritarios. Y aunque su impacto sobre el gran público sigue siendo variable, e incluso puede decrecer debido a la especialización y atomización de la oferta, la fragmentación de la audiencia propiciada por la red favorece la lenta tarea de diseminación cultural contrahegemónica que los movimientos sociales de distinto signo tratan de llevar a término. El complejo proceso de negociación de la realidad, invisible a menudo, formada por una gran cantidad de actos comunicativos que conducen a una gradual transformación de los valores dominantes, antes que por movimientos súbitos de opinión o decisiones concretas, se ve facilitado por la presente evolución de los medios de comunicación. Y todo ello, en fin, confirma a los movimientos sociales como agentes políticos normalizados, en el marco de una democracia liberal que integra su protesta como parte de la conversación pública en que, esencialmente, consiste.

generar contrainformación para mantener debates transversales y avanzar en la coordinación. No para imponer marcas identitarias, como compartimentos estancos” (Sampedro, 2005: 272).

Bibliografía

- AMOOORE, Louise [ed.] (2005), *The Global Resistance Reader*, Londres: Routledge.
- BLEIKER, Roland (2000), *Popular Dissent, Human Agency and Global Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- BOYD-BARRETT, Oliver y RANTANEN, Terhi [eds.] (1998), *The Globalization of News*, Londres: Sage.
- CASTELLS, Manuel (1999), "Grassrooting the space of flows", en *Urban Geography*, vol. 20, nº 4, pp. 294-302.
- DALTON, Russell J.; KUECHLER, Manfred; y BÜRKLIN, Wilhem (1990), "The Challenge of New Movements", en Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Cambridge: Polity Press, pp. 3-20.
- DELLA PORTA, Donatella y TARROW, Sidney (2004), en Donatella Della Porta (ed.), *Transnational Protest and Global Activism. People, Passion, Power*, Cheltenham: Rowman & Littlefield, pp. 1-17.
- DEMERS, David (1999), *Global Media. Menace or Messiah?*, Cresskill: Hampton Press.
- DOWNING, John D. *et alii* (2001), *Radical Media. Rebellious Communication and Social Movements*, Londres: Sage, pp. v-xii.
- EDER, Klaus (1993), "The New Politics of Class. Social Movements and Cultural Dynamics in Advanced Societies", Londres: Sage.
- FORD, Lucy H. (2003), "Challenging Global Environmental Governance: Social Movement Agency and Global Civil Society", en *Global Environmental Politics*, vol. 3, nº 2, pp. 120-135.
- GAMSON, William y MEYER, David (1996), "The Framing of Political Opportunity", en Doug McAdam *et al.* (eds.), *Comparative Perspectives on Social Movements*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 275-290.
- GAMSON, William (1988), "Political Discourse and Collective Action", en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*, International Social Movement Research, vol. 1, Greenwich: JAI, pp. 2199-244.
- GAMSON, William (1992), *Talking Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- GIFFARD, C. Anthony (1998), "Alternative News Agencies", en Boyd-Barrett y Rantanen (eds.), pp. 191-201.
- GUSFIELD, Joseph (1994), "La reflexividad de los movimientos sociales: revisión de las teorías sobre la sociedad de masas y el comportamiento colectivo", en Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid: CIS.
- HANADA, Tatsuro (2001), "Una aproximación conceptual a la esfera pública", en José Vidal Beneyto (dir.), *La ventana global*, Madrid: Taurus, pp. 137-162.

- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2004), *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona: Debate.
- HILTNER, Eric (2005), "Insurgent Media", en *Radical History Review*, nº 93, otoño, pp. 101-106.
- INGLEHART, Ronald (1990), "Values, Ideology and Cognitive Mobilization in New Social Movements", en Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Cambridge: Polity, pp. 43-66.
- KALDOR, Mary (2003), *Global Civil Society. An Answer to War*, Cambridge: Polity.
- KOOPMANS, Ruud (2004), "Protest in Time and Space: The Evolution of Waves of Contention", en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 19-46
- LAHUSEN, Christian (1999), "International campaigns in context: collective action between the local and the global", en Della Porta *et al.* (eds.), *Social Movements in a Globalizing World*, Houndmills: Macmillan, pp. 189-205.
- LARAÑA, Enrique (1999), *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid: Alianza.
- LEFEBVRE, Henri (1995), *The Production of Space*, Oxford: Blackwell.
- LIPSKY, Michael (1968), "Protest as a Political Resource", en *American Political Science Review*, vol. 62, pp. 1144-1158.
- McCombs, Maxwell y Reynolds, Amy (2002), "News influence on our pictures of the world", en Jennings Bryant y Dolf Zillmann (eds.), *Media Effects. Advances in Theory and Research*, New Jersey: Lawrence Erlbaum.
- MELUCCI, Alberto (1996), *Challenging Codes. Collective action in the information age*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MEYER, David y TARROW, Sidney (1998), *The Social Movement Society: Contentious Politics and the New Century*, Boulder: Rowman and Littlefield.
- MORLEY, David y ROBBINS, Kevin (1999), "Reimagined communities? New media, new possibilities", en Hugh Mackay y Tim O'Sullivan [eds.].
- MORRIS, Aldon D. y STAGGENBORG, Suzanne (2004), "Leadership in Social Movements", en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 171-196.
- RAMONET, Ignacio (2003), "El quinto poder", en *Le Monde Diplomatique*, nº 96, octubre.
- RHEINGOLD, Howard (1994), *The Virtual Community: Finding Connection in a Computerised World*, Londres: Secker y Warburg.
- RIFKIN, Jeremy (2000) *La era del acceso*, Barcelona: Paidós.
- RUCHT, Dieter (2004), "Movement Allies, Adversaries, and Third Parties", en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 197-216.
- SABUCEDO, José Manuel; GROSSI, Javier; y FERNÁNDEZ, Concepción (1998), "Los movimientos sociales y la creación de un sentido común alternativo", en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales*, Madrid: Trotta, pp. 165-180.

- SAMPEDRO, Víctor (2005), "Las estrategias mediáticas del movimiento alternativo", en Samir Amin y François Houtart [dirs.], *Globalización de las resistencias. El estado de las luchas 2005*, Barcelona: Icaria, pp. 261-272.
- SCHEER, Leo (1994), *La démocratie virtuelle*, París: Flammarion.
- SCHOLTE, Jan Aart (2000), *Globalization. A critical introduction*, Houndmills: Palgrave.
- SKLAIR, Leslie (1998), "Social Movements and Global Capitalism", en Fredric Jameson y Masao Miyoshi (eds.), *The Cultures of Globalization*, Durham: Duke University Press, pp. 291-311.
- SMITH, Jackie (2004), "Transnational Processes and Movements", en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 311-335.
- SNOW, David; WORDEN, E. B.; y BENFORD, R. D. [eds.] (1986), "Frame Alignment Processes, Micromobilization and Movement Participation", en *American Sociological Review*, vol. 51.
- SNOW, David A. y BENFORD, Robert D. (1992), "Master Frames and Cycles of Protest", en A. Morris y C. McClurg Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven: Yale University Press.
- SNOW, David; SOULE, Sarah A.; y KRIESI, Hanspeter [eds.] (2004), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell.
- SNOW, David A. (2004), "Framing Processes, Ideology, and Discursive Fields", en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 380-412.
- SPARKS, Colin (2002), "La influencia de internet en los medios de comunicación convencionales", en José Vidal Beneyto (dir.), *La ventana global*, Madrid: Taurus, pp. 81-98.
- TARROW, Sidney (2004), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, segunda edición, Madrid: Alianza.
- TILLY, Charles H. (1978), *From Mobilization to Revolution*, Reading: Addison-Wesley.
- TOMLINSON, John (1999), *Globalization and culture*, Londres: Polity.
- TURNER, Ralph y KILLIAN, Lewis (1987), *Collective Behaviour*, Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- VALLESPÍN, Fernando (2000), *El futuro de la política*, Madrid: Taurus.
- VIDAL BENEYTO, José [dir.] (2002), *La ventana global*, Madrid: Taurus.
- WHITTIER, Nancy (2004), "The Consequences of Social Movements for Each Other", en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 531-551.
- WOLTON, Dominique (2002), "Internet: entre instrumento económico y proyecto político", en José Vidal Beneyto (dir.), *La ventana global*, Madrid: Taurus, pp. 119-135.
- ZALD, Mayer N. y McCARTHY, John D. (1997), *Social Movements in an Organizational Society*, New Brunswick: Transaction Books.